

LA NEOLATINIDAD EN NUESTRA AMÉRICA

América Latina y el Caribe... Conviene recordar que las primeras proclamas libertarias de los próceres de la independencia latinoamericana, cuyo bicentenario estamos celebrando, terminaban por lo general con el grito “¡Viva la América!” Había en ello, además del gesto de rebeldía y rechazo de la injusticia colonial, un sentimiento de unidad producto de los 300 años de pertenencia al imperio español de ultramar, que se expresaba con tintes toponímicos subversivos. En dichas proclamas destacan los términos “americanos”, “patria” y “unidad”.

Pero el nombre de América, menospreciado durante siglos por España, que prefería llamarle “Indias” al continente que habían descubierto los navegantes a su servicio, siguiendo la creencia que Colón se llevó a la tumba, a la larga no sería suficiente señal de identidad, al tener en los territorios del norte una naciente potencia cuyos orígenes, anhelos y destino eran diferentes y, en muchos casos, contrarios a los de los pueblos del sur. Hacía falta buscarle un apellido a la América nuestra, empresa que desde un principio estaría vinculada al sentido de unidad.

Humboldt, en su clásica obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* (1825), dice que “no se podría desconocer que el continente americano no está repartido, hablando propiamente, más que entre tres grandes naciones de raza inglesa, española y portuguesa”, lo cual prefigura ya la idea y el nombre de América Latina y su contraparte, la América Sajona. Por ese entonces comienza a hablarse también en los círculos intelectuales del viejo continente de una Europa *latina*, conformada por Francia, Italia, España y Portugal.

El filósofo uruguayo Arturo Ardao, en su ensayo “El encuentro lingüístico y la América Latina”, atribuye el surgimiento del nombre de América Latina a los hispanoamericanos residentes en París en la segunda mitad del siglo XIX, quienes se mostraban alarmados ante el creciente expansionismo del país del norte del río Bravo. Gran promotor entre ellos fue el colombiano José María Torres Caicedo, quien contó con el solidario concurso *latinista* y *latinoamericanista* de la más avanzada inteligencia española de la época, con Emilio Castelar y Francisco Pi y Margall a la cabeza.

En realidad, había antecedentes: el prócer chileno, Bernardo O’Higgins, insiste en la conveniencia de establecer una “Confederación Latina de América” en un manifiesto fechado el 6 de marzo de 1818, la víspera de la batalla de Maipú. Y Miguel Rojas Mix, por su parte, atribuye el concepto de América Latina al pensador chileno Francisco Bilbao, quien lo utiliza en el curso de una conferencia titulada *Iniciativa de la América*, dictada en 1856.

Será José Martí, a quien le tocará enfrentar años más tarde el problema de las dos Américas y el avance de los designios hegemónicos de Estados Unidos, quien invente un nuevo topónimo para esta región de lo real maravilloso: Nuestra América, nombre que incluye a todos los pueblos americanos que, más allá de la lengua, la religión y las tradiciones, se identifican por haber estado sujetos alguna vez al proceso de colonización y el sincretismo resultante. Pueblos y culturas que comprenden en primer término a las etnias originarias de estas tierras, a los europeos y a los africanos trasplantados como fuerza de trabajo, a los que habrían de sumarse oleadas migratorias procedentes de los más variados rincones de Asia y Oceanía. Es la raza cósmica que predecía Vasconcelos, presente en el escudo y el lema de la UNAM: “Por mi raza hablará el espíritu”, que originalmente decía: “Por mi raza *latinoamericana* hablará el espíritu libre”.

Para *Archipiélago*, proyecto cultural latinoamericano que este año cumple su mayoría de edad —en 1992 se presentó el número 0 de la revista en Cuba y en Bolivia—, ha sido muy estimulante confluir en sus propósitos con una importante organización intergubernamental que promueve desde hace más de cinco décadas la unidad latina desde su sede en París: la *Unión Latina*. Un primer resultado de este encuentro será la actividad que planea esta organización multinacional para mediados de este año en la ciudad de México, en colaboración con la UNAM, *Archipiélago* y la Embajada de España, para tratar el candente tema de los migrantes latinoamericanos más allá de la frontera norte, en un marco cultural conformado por música, cine, artes plásticas y literatura de nuestros pueblos. A esta actividad se le ha denominado “Primera Semana de la Latinidad”. La segunda acción de *Unión Latina* en México será la retrospectiva cinematográfica “Guerras de independencia y revoluciones en América latina”, que se realizará conjuntamente con la UNAM y *Archipiélago* el próximo octubre. Los próximos números de la revista habrán de reseñar los resultados de ambos acontecimientos.

Bienvenida la neolatinidad a Nuestra América, cuando responde a objetivos enaltecedores de la cultura de nuestros pueblos, punta de lanza de su integración. De ello hablábamos justamente en diciembre pasado en Recife, Brasil, donde se celebró el *III Festlatino*, joven e interesante proyecto cultural que comparte con la *Unión Latina* —y con *Archipiélago*— sus propósitos unificadores, en los cuales se incluye desde luego a la África Latina. Nuestra Tercera Raíz.